



Teléfono 22601. - Secretaría 25. - Piamonte, 2 (Casa del Pueblo)

Año XXXI || Todos para uno = Septiembre de 1938 = Uno para todos || Núm. 406

POR LA INDEPENDENCIA DE ESPAÑA

Con motivo del L aniversario de nuestra constitución, la Junta directiva editó el siguiente manifiesto:

«SOCIEDAD DE ALBAÑILES DE MADRID EL TRABAJO. — CINCUENTA AÑOS DE ACTUACION

Las circunstancias por las que atraviesa España, y por tercera vez en esta fecha, impiden a nuestra Sociedad congregarse a celebrar el aniversario de su fundación. Hoy es el cincuenta, y del que la historia social de nuestro pueblo tiene hondas raíces; El Trabajo, en su medio siglo de existencia, tiene dadas pruebas de vitalidad tal que no existe rincón en España y fuera de ella que ignore su existencia.

Traer de nuevo a la luz pública la actuación de los que la crearon, y que en la mente de todos está, resulta pueril, así como historiar las vicisitudes atravesadas en sus primeros cincuenta años de existencia. Nuestra Sociedad de sobra es conocida para necesitar de presentaciones, y máxime hoy que con su entusiasmo y unánime aportación a la guerra que los países totalitarios nos hacen rememorar sus actuaciones de lucha que la pusieron siempre a la cabeza del movimiento obrero.

Un recuerdo en primer lugar queremos dedicar a los 510 caídos en la lucha contra los invasores de nuestro suelo, continuadores del proceder de nuestra Sociedad, siempre a la cabeza de las luchas en pro de la libertad en que todos hemos sido educados por nuestros fundadores. Entregada por completo y desde su comienzo a la guerra que por su independencia sostiene España, no podía por menos nuestra organización que presentar tan crecido número de nombres, cuya enumeración nominal sería interminable, que no dudaron en dar su vida en holocausto de la independencia de su patria, amenazada por las hordas fascistas extranjeras.

No consideramos momento propicio éste para presentar el haber de

Queremos vencer y venceremos. Cuando un pueblo como el nuestro, que ansía su independencia política para cimentar con esencias doctrinales su futuro económico y social, lucha con el indomable valor con que lo hace el pueblo español, no puede ser esclavo, y no lo será.

España es uno de los países del mundo que mayor desgaste de energías individuales y colectivas ha realizado para afianzar sólidamente su independencia civil y, con ella, su derecho a ser gobernada respetando el sentir mayoritario de la voluntad nacional.

Todas las tentativas realizadas para cristalizar en hechos positivos esa ambición ideal, canalizando toda la potencia creadora del pueblo español por los senderos legales que garantiza la carta fundamental del Estado, fueron frustradas por las fuerzas coercitivas del capitalismo, dueño absoluto de los instrumentos de trabajo.

La historia de España es en todas sus páginas una relación continuada de intentos de superación civil realizados por el pueblo, en contra de los cuales se alzaron, crueles y agresivos, las clases dominantes.

La guerra es hoy, en todos sus aspectos, una nueva agresión del capitalismo español contra la democracia civil, ampliada en sus límites de acción con la ayuda del fascismo internacional, que pretende desvirtuar la marcha progresiva del proletariado español en su camino de superación constante.

Nuestra guerra, la guerra que nos han impuesto los militares sublevados, en contubernio vergonzante con la Iglesia y con la aristocracia, no es otra cosa más que la negativa de las clases sociales que dominaron un día al pueblo español a someterse a la voluntad soberana de ese pueblo, que desea con romántico fervor dejar de ser esclavo para unirse con aquellos otros pueblos que hicieron de la justicia un sacerdocio y de la libertad algo consustancial con la vida del hombre.

En estas horas, dramáticas por lo terriblemente sangrantes, el proletariado español no debe olvidar, y no olvidará, que lucha por salvar al país de toda dominación extranjera. Pero que lucha a su vez para que su derecho a interpretar política y socialmente el porvenir de España esté ya plenamente garantido, sin que puedan de nuevo violentar su conciencia las fuerzas dominantes del capitalismo.

Es verdad que esta defensa de la libertad no podrá conseguirse sino a cambio de extraordinarios sacrificios. Así es como en la historia de España se han conseguido todas las mejoras de orden civil que hemos heredado nosotros.

Si antaño no hubieran sacrificado sus vidas millares de compañeros nuestros, el carlismo se habría entronizado en España y las ideas de libertad no hubieran tenido posibilidad de ser divulgadas.

Si posteriormente hombres de espíritu progresivo, enamorados fervorosos de la justicia, fieles intérpretes del «Quijote», no hubieran salido a la palestra a reñir cruentas batallas contra todos los follones y malandrines de la política nacional, el absolutismo, personificado en Fernando VII, habría hecho de España un cementerio, en el cual los hombres se hubieran limitado a ser figuras de barro, sin contenido ideal y sin alma.

Al correr de los años, centenares de compañeros nuestros han muerto en las cárceles de España por defender el derecho de los obreros a estar organizados sindical y políticamente, librándolos así, en parte, de la explotación capitalista.

Si, últimamente, la sublevación popular de los años 30 y 34 no se hubiera realizado con el esfuerzo y sacrificio de hombres nuestros, España continuaría siendo una colonia, sin escuelas, sin industria, sin comercio, sin libertad y sin justicia.

Somos, pues, un pueblo que heredó de sus antepasados una sociedad menos esclava que la que encontraron nuestros veteranos al iniciar su camino por la vida.

Sin el sacrificio, repetimos, de aquellos camaradas nuestros no nos sería posible a nosotros hablar en voz alta para decirnos en íntima comunidad espiritual cuáles son nuestros más preciados sentimientos.

La Historia nos ha colocado a nosotros ante el dilema de sacrificar voluntariamente nuestra libertad y hasta nuestra propia vida para acrecentar la herencia que nos legó o para destruirla, sin respeto alguno a la memoria de cuantos por la libertad se sacrificaron.

Tiene el pueblo español dos caminos a seguir: uno, el que le coloca en actitud de fidelidad perruna a los pies de los tiranos; otro, el que le obliga a ponerse en pie y a dar cuanto es y cuanto vale para salvar a España y a su clase social de toda posible tiranía.

Libre está, cada día, para optar por el sendero que mejor le cuadre. Ahora bien: no olvide que si implacables queremos ser con el fascismo, más implacables — si hace falta, hasta crueles — seremos mañana con aquellos que, sin dignidad personal y sin sentido histórico del deber, se apartan de nuestro lado para formar inconscientemente en la masa anónima, sin contenido y sin alma, de nuestros adversarios.

nuestra contribución a la campaña; tenemos la tranquilidad que da el cumplimiento del deber a secas; terminada que sea la guerra, que es lo único que nos interesa, y con la resolución firme que guarda el peso de nuestro ánimo, se contrastarán conductas de organización, y el fallo de los que de las trincheras regresen será el válido.

Nuestra Sociedad, creada por hombres socialistas hace cincuenta años, no puede permanecer ajena al también cincuentenario de la constitución oficial del Partido Socialista, que el 22 de este mismo mes se conmemora, y hemos de manifestar nuestro firme convencimiento de que esta efemérides gloriosa tenga su repercusión entre sus componentes para que las diferencias que, por desgracia, existan se den por caducadas; la guerra lo impone y así ha de ser.

El Partido Socialista, del que los Albañiles de Madrid somos hijos, todos, sin distinción, perseguimos lo mismo: el bienestar de la clase trabajadora, a lo que sin ambición estuvieron entregados toda su vida.

La guerra, en cuyo desarrollo nos sorprende este aniversario, nos obliga a todos al sacrificio y nos invita a la reflexión; ¡todo por ella! Sin el triunfo de España sobre sus enemigos de dentro y de fuera nada sería posible, y a él se contribuye con la unidad sincera de la clase trabajadora. C. N. T. y U. G. T., en principio, la han realizado. Que el Partido Socialista, al que nuestra Sociedad debe su existencia, la lleve a cabo será nuestra mejor forma de conmemorar nuestro L aniversario, así como el de su fundación. ¡Viva la unidad sincera!, es nuestro grito entre la clase trabajadora en este momento en que la ausencia de nuestros asociados no nos permite celebrar actos como acostumbrábamos a hacerlo en esta fecha.

Por la Junta directiva: El secretario accidental.—Madrid, 9 de agosto de 1938.»

Pascual TOMAS

Nuestro segundo aniversario de guerra

Dos años se cumplen en que unos militares se sublevaron contra el Gobierno legal de la República; contra un pueblo que, meses antes, había demostrado su sensibilidad política, y vióse obligado a revalidar con las armas lo que a través del sufragio había conseguido. Este mismo pueblo, con un gesto viril, hizo que ese intento fuese fracasado. Pero aquellos militares traidores, que seguían la línea marcada por sus amos, los capitalistas, no vacilaron en fortalecer su fuerza perdida con los ejércitos mercenarios de aquellos países donde el fascismo había plantado su pezuña por obra y gracia del capital financiero y del alto clero; los mismos que aquí se han levantado en armas contra el Poder constituido.

Una dura etapa ha sufrido la República. Con la benignidad que fueron tratados sus enemigos, trajo como consecuencia el llamado «bienio negro», que ahí fué preparada, organizada la sangrienta tragedia que hoy sufre nuestra querida patria. Dura experiencia. Ya sabían, esperaban que el sufrido pueblo llegaría el día, como así fué, de que les diera su merecido; con la unión de todos los antifascistas en un frente de lucha, diérase al traste con esa política reaccionaria, improcedente en una Constitución en cuyo primer artículo decía que era «una República de trabajadores de todas clases». Cuando, como resultado del triunfo de las elecciones del mes de febrero, se respiraba un aire más democrático, surge la explosión.

Aquí se ve que nace un pueblo que, en pie, se lanza a la pelea que le provocan sus enemigos seculares. Cómo sin armas, sin preparación para una lucha que, con el carácter nacional, todo un ejército, salvo raras y honrosas excepciones, se levanta contra los poderes de la República, para los que fué tan benigna, y alguno de cuyos jefes más destacados del movimiento subversivo fué indultado de la pena de muerte. Así trataba la República a sus enemigos. Esta benevolencia fué sobradamente aprovechada para atentar, para volcar contra la República las mismas armas que el mismo pueblo les entregó para su defensa. La clase trabajadora no dormía. Sabía lo que en las sombras se fraguaba contra ella. Defender el Poder legalmente constituido era la consigna; representaba defender las conquistas de medio siglo de luchas, que este régimen aseguraba y daba cauce legal a las aspiraciones de las clases laboriosas.

Muy restringidas eran las ventajas que se obtenían; pero de esto se daban cuenta, y de aquí la reacción que en los medios obreros se producía, buscando el acercamiento de las organizaciones para mejor dar la bata-

lla a la patronal, inspirada por los partidos más reaccionarios.

Dentro de la vida azarosa y arrastrada que al trabajador le obligaban a pasar, éste nunca tuvo un solo pensamiento, un solo acto, ni mucho menos, que se pareciera al que ellos han desencadenado en un pueblo que sólo deseaba paz y trabajo; esto lo provocaron los que siempre en todos sus actos ponían de relieve el amor a la patria. Al cumplirse los dos años de guerra, guerra ya de invasión, nos suena esa frase algo así como cosa muy nuestra; ésa es la verdadera patria, la que se defiende en las trincheras, dando su sangre y su vida; la que se defiende en el taller, en el campo, luchando contra unos malnacidos españoles. Viéndose impotentes para vencer les abrie-

ron las puertas a los extranjeros que hoy invaden nuestro suelo, cometiendo los crímenes más repugnantes que registra la Historia contemporánea. Ante esta situación sólo nos queda multiplicar nuestro esfuerzo, ayudar a nuestro Gobierno de Unión nacional. Ha dicho resistir, y más que nunca tener fe en la victoria, porque hay medios para ello. Y cuando un pueblo como éste está dispuesto a morir por la causa que defiende, causa de toda la Humanidad amante del derecho y de la justicia, jamás puede ser vencido.

¡Por el derecho, la libertad y la justicia!

¡Viva España independiente!

¡Viva la República democrática!

Manuel ROMERO

¡Ha muerto Vicente Arroyo!

¡Vicente Arroyo se ha muerto!
Ha muerto Vicente Arroyo,
el que escribía los versos
que publicaba EL TRABAJO
para regocijo nuestro.
«¡Lástima! — dirán algunos —
¡Siempre tan chiritotero!
¡No se enfadaba por nada!
¡Para todo era el primero!
¡Lo mismo iba a una boda
que asistía a mil entierros!
(Sobre todo, cuando había
en las Ventas buen cordero).»
Esto y mucho más dirán;
aunque ha habido compañero
que ha dicho: «Yo, la verdad,
ni lo siento ni me alegro.
Lo que se puede sentir
es que el periódico nuestro
se lleve una temporada
saliendo sin unos versos.
¡Pero versos de verdad!
¡Literatura y salero!
¡Los que hacía Luis de Tapia,
poeta de cuerpo entero!
Porque ése no era poeta;
era... un hacedor de versos.
Monsergas y martingalas.
¿Literatura? ¡Ni olerlo!
Y entre tantos albañiles
que la Sección componemos
no ha salido uno siquiera
que haya llevado algo dentro
(so pena que la desidia
se haya apoderado de ellos)
y le haya dado de lado
para beneficio nuestro.
Pero si al fin se murió,
eso es lo mejor que ha hecho.
Porque ha descansado él
y nos libra del tormento
de leer sus tonterías,
pues otra cosa no ha hecho.
Cuando lean la noticia
de que el gran poeta ha muerto,

*no habrá lágrimas, de fijo.
Otros mejores lo han hecho.
Conque a vivir y a olvidar
lo malo, y venga lo bueno.
Y a ver si hay un jovencito
que tenga conocimientos
y que haga Literatura
(que es lo menos que podemos
pedir a la juventud
los que somos ya algo viejos),
que tenga filosofía
y que nos llegue al cerebro.
¡Que es con lo que hay que pensar!
Porque ése es el gran secreto
de los buenos escritores.
Y que el periódico nuestro
lleve firmas juveniles,
y que descansen los viejos,
como ha descansado ya
el compañero que ha muerto.»*

*¡Cuán sobrada es la razón
del que hizo tal aserto!
Creo que no está de más
siguierais esos consejos
y salgan a la palestra
otros ¡poetas! más nuevos,
que demuestren aptitudes
escribiendo buenos versos,
y no quedará vacante,
cuando yo muera, mi puesto.
Pero, afortunadamente,
yo me hallo bastante bueno;
siendo para mí una dicha
y para otros un tormento.
Por lo que creo tenéis
para largo un mal coplero.
Pero debe prepararse
todo el elemento nuevo,
porque más pronto o más tarde
ello tiene que ser cierto.
Yo no soy Matusalén
que murió a los setecientos.*

Vicente ARROYO

Nuestra fe en la victoria

Nada más comenzada la guerra que España sufre, y desde estas mismas columnas, apreciamos nuestra confianza absoluta en el triunfo de nuestra causa. Los hechos se suceden según previsión nuestra. Primero Madrid, y esto sin armas, sin Ejército, con la sola colaboración de aquellas Milicias que todo lo dieron en la defensa de nuestro suelo, amenazado, desde el comienzo de la campaña, de invasión por hordas extranjeras, extrañas por completo al litigio con que quiso disfrazarse esta guerra.

Tras Madrid siguieron la gesta por él marcada Bilbao, Santander y Asturias, que únicamente sucumbieron por la superioridad material de hombres y efectivos extranjeros, tras hechos dignos de recordar. Más reciente, Teruel demuestra la capacidad combativa de aquellas Milicias, convertidas en Ejército regular, que causan el asombro del mundo, que reconoce nuestra gesta. Le siguen Levante y Extremadura, cuya actuación hace recobrar el ánimo a los más indecisos; quien es capaz de resistir los embates del ejército italogermánico en su postrer empuje, como en estos sitios se hizo, puede tener confianza plena en la victoria.

Nuestra guerra es, en todos sus aspectos, una confirmación del valor que da saber que se lucha por la independencia de nuestro suelo y contra la opresión característica de sus dictadores. La resistencia, sin perjuicio de atacar cuando es necesario, es la norma de nuestro Ejército; con ésta se demostró que se consigue el desgaste de los invasores, dando con ello lugar a triunfos como el del Ebro, que malogran los planes del enemigo en su grado máximo.

Vence siempre quien comparece sereno, tranquilo e inteligente ante su contrario. Y ésta es la norma de nuestro Ejército, capacitado ya para nuevas empresas. Madrid, Este, Levante y Extremadura demuestran a los que, impasibles, observan nuestra lucha de lo que es capaz un pueblo cuando se ve en trance — que seguramente pasará ello, y en época no lejana — de invasión.

La experiencia de estos últimos días demostró a éstos los frutos de la nefasta «No intervención», así como toda actividad tendente a la «humanización de esta guerra totalitaria»: los aviones italianos y en presencia de los enviados ingleses, a la desesperada, continúan la destrucción de nuestras ciudades abiertas.

Que estos hechos sirvan de lección a los que no quieren aprender es lo que hace falta, para terminar con el equívoco que aparentemente se pretende sostener por la llamada Democracia. Y mientras tanto, ¡resistencia en nuestro Ejército! Con esto nuestra victoria está asegurada.

Antonio ALBA



LA VOZ DE LOS FRENTEROS

El fusil y el pico, hermanos

Los hombres que en su larga vida política y sindical dedicaron todas sus energías en defensa de los derechos reivindicadores del pueblo trabajador, se sienten re-confortados en lo más profundo de su alma al observar que la juventud antifascista lucha con un valor indomable por llevar a la práctica las doctrinas predicadas por el nunca olvidado Pablo Iglesias.

Para poder apreciar bien la voluntad de vencer que mueve a nuestros soldados en esta regla, ningún sitio mejor que actuar con ellos en la vida de campaña; aquí es donde se aprecia en su justo valor esta gloriosa disposición del Ejército popular. Muchas veces hemos cantado los actos heroicos que tienen realizados; pero nunca como ahora pudimos comprenderlos en toda su magnitud. Aquí es donde se aprecia la gran actividad y el entusiasmo de los mandos, lo mismo el jefe del Cuerpo de Ejército, que el de División, Brigada o Batallón, como asimismo hasta el último soldado están dando un ejemplo de capacidad y de energía al mundo como no hubo otro en la Historia.

Descendientes directos de aquellos antiguos caudillos que con su valor conquistaron un nuevo mundo e hicieron que se escribiera en las páginas de nuestra historia que en los dominios españoles no se escondía nunca el sol, reverdecen los laureles por ellos conquistados y añaden otros nuevos, más gloriosos y más humanos, por ser logrados en defensa de las libertades y de los derechos de los oprimidos. Esto en cuanto se refiere a los soldados de nuestro Ejército republicano, que con las armas en la mano están conteniendo el avance de los mercenarios del Ejército internacional fascista en nuestro territorio.

Ahora quiero también romper una lanza en favor de los Batallones de Fortificación.

Estos Batallones, compuestos en su mayoría de hombres agotados por la edad y por el trabajo brutal que estuvieron rindiendo siempre para enriquecer caciques. Los soldados fortificadores sufren innumerables fatigas y penalidades, y exponen su vida como el que más. A ellos, que trabajan sin descanso por lograr que las defensas que les están encomendadas estén en las mejores condiciones de conservar la vida a quienes tienen que ocuparlas.

Yo, que toda mi vida la empleé

en defender nuestros derechos de clase explotada, me siento herido profundamente en mis convicciones cuando son nuestros mismos camaradas los que observan esta conducta, pues ellos, más que nadie, tienen el deber de respetarles y ayudarles.

Todos estamos obligados a luchar por la patria republicana. Armas son los cañones, las ametralladoras y los fusiles. Pues bien: también son armas, y no menos eficaces, los picos y las palas. Todos unidos y compenetrados con nuestro Gobierno hemos de elevar nuestro pensamiento, dignificando nuestro ideal, entregando cuantas vidas sea preciso hasta conseguir el triunfo de nuestra causa.

La España republicana lucirá eternamente su gloriosa bandera,alzada por los robustos brazos de los soldados del Ejército popular, que supieron conquistarla con las armas en la mano, sostenidos eficazmente por estos hombres que empuñaron las armas del trabajo, sin otra aspiración que la satisfacción de haber cumplido en todo momento con su deber, como republicanos y como antifascistas.

Joaquín POLO CALVO

Fortificación

Septiembre de 1938. ¡Veintiséis meses de lucha! Con qué emoción recuerdo aquellos días en que el aparato telefónico no dejaba de sonar para reproducir a cada momento la pregunta formulada por los compañeros pertenecientes a esta Sociedad, los que por su edad o defectos físicos se encontraban en retaguardia haciendo funciones de su oficio: «¿Cuándo necesitáis nuestra colaboración?»

Pero llegó un día, 7 de noviembre del 36, glorioso siempre, en el que se necesitó el esfuerzo de todos, y todos, como un solo hombre, se abalanzaron lo mismo que hacían nuestros fusileros con el fusil, con las palas y picos, con su gran voluntad, a no dejar pasar a nuestra heroica capital a los ejércitos invasores de nuestra España. Levantaron parapetos, se hicieron barricadas, se abrieron trincheras para que nuestros soldados se resguardaran en ellas de las balas enemigas. Es verdad, y nosotros lo reconocemos, que se levantaron parapetos y se abrieron trincheras quizá en muchos sitios donde no hacían falta. Esto es solamente achacable a la precipitación del momento y a alguna, aunque poca, mala organización. Lo mismo ocurrió con nuestras Milicias; pero, con todas estas deficiencias, el enemigo ni logró ni logrará

poner su planta en las calles madrileñas.

Se organizaron las Milicias, se organizaron los fortificadores. Lo mismo que contamos con unidades militares bien disciplinadas, contamos con Batallones de Fortificaciones dispuestos a hincar su pico donde haga falta, pues no ignoran que una fortificación bien hecha, sólida, es la base de una victoria o de una derrota.

¿Cuántos se dedicaron a esta labor de fortificación? Pocos, muy pocos relativamente; pero, ¡ah!, sin embargo, hoy contamos con una cantidad de Batallones de esta especialidad asombrosa.

La frase «Querer es poder», vertida por Carlos Marx, en nuestro país, en nuestra España no pisoteada por la bota fascista, es un hecho. Se necesitaban unidades militares disciplinadas, y las tenemos; se necesitaban fortificaciones, y lo conseguimos. Y han de saber que lo que nos proponemos lo tenemos.

A más del gran número de fortificadores enclavados en esta clase de Batallones, no hay que olvidar a los camaradas que se encuentran haciendo estos trabajos en las distintas unidades militares, ni a los relativamente metidos en años o con algún achaque, pues estos últimos, igualmente que los otros, aportan su esfuerzo a la causa de libertad que en la hora presente se delibera de una manera rotunda y para siempre en nuestro suelo.

En ocasión de haber visto un frente cercano a Madrid, he podido apreciar la labor callada de estos hombres: labor grandiosa. Si fuera posible poder ser visitado y ver esta fortificación por todos, se debía hacer, pues además de su solidez existe el buen gusto. No piense el que esto lea que se está confeccionando el trabajo de esta manera que quiero dar a entender a muchos kilómetros del enemigo, no; éste está a poquitos metros, y por eso precisamente es de ensalzar esta labor llevada a cabo, como anteriormente digo, por estos callados fortificadores.

Excelentes trincheras, en las que se siente uno completamente defendido y seguro del fuego enemigo. Esto da al soldado una moral grandísima, y su pensamiento, su corazón, libres de toda preocupación, fijos únicamente en el movimiento enemigo, impulsan a sus manos, las que, férreas al fusil, completan la obra comenzada por el fortificador con el pico y la pala. De las dos maneras se combate y se aniquila al fascismo.

Bien se merecen los hombres que dieron su vida excavando la

tierra para hacer albergues a nuestros soldados un recuerdo de todos, y a los que se encuentran en esta especialidad, la recomendación de que sigan cumpliendo con su deber; que no se encuentren nunca cansados, por muchas horas de trabajo que lleven; que comprendan que un retraso en la fortificación, por pequeño que sea, lo puede aprovechar el enemigo para hacer baja corporal en nuestras filas, a su hermano, a su hijo, quizá, que con el fusil se encuentra, al igual que él con su herramienta de trabajo, defendiendo nuestro suelo, pisoteado por los ejércitos invasores.

LIBERTAD

Cómo proceden nuestros hombres

Copiamos de «La Voz del Combatiente» el siguiente hecho llevado a cabo por un asociado nuestro delegado de Compañía de una de las Brigadas militares:

«Hombres de nuestro Ejército

Acto heroico y magnífico del delegado político Faustino Rubio

El delegado político de Compañía Faustino Rubio acaba de ser autor principal de un hecho que nos ha procurado un éxito en uno de los frentes de Madrid. No es discreto señalar detalles e incidencias que concurrieron en él. Baste saber que en su conducta la audacia y el valor, no exentos de serenidad y tacto, hicieron posible el éxito de la operación local realizada: captura de buena cantidad de prisioneros, apoderamiento de más de ocho metros de trinchera y voladura de una mina, con daños cuantiosos para el enemigo.

El delegado Faustino Rubio es de reciente designación para cumplir tal función, y era ésta la primera acción de importancia en que intervenía.

Valor, emoción antifascista, sentido justo y rígido de su deber: he ahí el haber del magnífico luchador.

Los mandos militar y político superiores del Ejército del Centro pedirán para Faustino Rubio una recompensa digna de su ejemplar conducta.»

ESTE NÚMERO
HA SIDO VISADO
POR LA CENSURA

Para mejor combatir hay que capacitarse

En todo el mundo se comenta nuestra guerra. Periódicos extranjeros de casi todos los países han visitado las dos zonas, la nuestra y la del enemigo. Nuestra guerra ofrece muchas experiencias. Todos ellos, incluso los de técnicos militares enemigos, coinciden en su única cuestión: «Que la República posee un formidable Ejército con una moral altísima.»

Nuestros veteranos saben bien cómo se ha ido forjando este Ejército. Al principio, sin armamento y apenas sin mandos; hoy, con armamento y con mandos.

Pero nada nos puede cegar, ni siquiera la admiración de nuestros enemigos y los elogios y la abnegación que desde fuera expresan hacia nosotros, no nos debe confundir; que el soldado del Ejército popular pone admiración, entusiasmo, valor y heroísmo; pero al combatiente eso por sí solo no puede satisfacerle, lo sabe nuestro pueblo bien y se siente orgulloso de ello.

Nuestra aspiración, el anhelo de todo nuestro Ejército, en todos los frentes y en todas sus unidades, tiene que ser que de él se diga que, además de luchar con arrojo, con heroísmo y con abnegación, lucha mejor que nadie. Es decir, que la idea central que debe predominar sobre todas las demás es la de ser un buen soldado; un soldado que sabe dar importancia a la fortificación; un soldado que aspira a que cada día se perfeccione más por todos los grados del Ejército hasta llegar a los puestos más elevados.

De sobra sabemos que nuestro Ejército tiene mejor moral que la del enemigo. No puede ocurrir de otra manera, ya que el combatiente lucha por su propio interés. Por eso donde hay que volcar todas las energías es en la capacitación técnica, desde el primero al último de los combatientes.

Un soldado del ejército faccioso es siempre un autómatas, un muñeco. En el Ejército popular un soldado debe ser un hombre con cualidades de jefe, porque él puede y debe resolver por sí solo en un momento dado la situación

difícil que se le presente, sin tener a su lado al jefe inmediato. Cuando esa circunstancia se da en el ejército faccioso, el soldado se para; si es en virtud de un ataque nuestro, cuando el jefe ha desaparecido, él no sabe resolver la situación—además de no sentir ningún interés en hacerlo—y termina por entregarse.

Nuestro Ejército ha pasado por situaciones difíciles. Tenemos casos maravillosos en que un soldado tomaba el mando de una escuadra, un cabo el de un pelotón y sargentos que cuando fué necesario sustituyeron al capitán.

Estos casos tienen gran importancia; pero deben ser más numerosos. Cada combatiente debe estar en condiciones de repetirlos.

En los momentos de calma el soldado debe estudiar y discutir con sus camaradas cuanto de técnica militar caiga en sus manos, recordando los defectos en que pudo haber incurrido durante los últimos combates y comparando

lo que hizo en esos momentos y lo que debió haber hecho, a fin de encontrarse en condiciones de combatir mejor en luchas futuras. En las clases de capacitación técnica que se organicen en los frentes el combatiente hallará el arma más preciosa que existe para aniquilar al enemigo. Y el cabo y el sargento, sobre quienes pesa una gran parte de la responsabilidad del éxito o el fracaso de una operación, no pueden realizar bien su función, por muchas condiciones que reúnan, si no saben, o no lo saben bien, el papel que les corresponde como jefes de núcleos que ellos mandan.

Un Ejército heroico, abnegado, disciplinado; pero, además, un Ejército culto, un Ejército entrenado, un Ejército con una buena preparación militar, no puede ser vencido. Así debe ser y será el Ejército popular de la República española.

José HERNANDEZ MATEOS

VAYA MI CHARLA

Problemas municipales

Transformar las ciudades insanas y antiestéticas a la antigua usanza en otras en que las viviendas, por su comodidad, sean gratas a sus moradores, es una de las principales misiones de los Municipios futuros.

Que se aleje de la mente de los habitantes de la ciudad lo pasado es obra que los legisladores municipales han de tener muy en cuenta si quieren servir el interés de sus representados.

La vivienda es la base principal del bienestar de un pueblo; por ésta se mide su grado de cultura. Retrotraigamos nuestra atención al año 1932, y Madrid ocupaba el cuarto lugar entre las ciudades que mayor mortandad tenían, con un 17,2 por mil, y esto no tiene razón de ser.

Topográficamente nuestro suelo no es justo que ocupe este lugar. La vivienda, factor principal de esta mortandad, debe ser objeto de principal cuidado por parte de sus regidores, y esto nos evitará que, refiriéndonos al mismo año, exista la mortandad de 3.646 menores de cinco años, que representan un 4'07 por mil habitantes, y 4.504 por enfermedades infecciosas, entre las que el mayor porcentaje fué la tuberculosis, que representan el 5'02 por millar de pobladores. Si a esto añadimos la escasa diferencia entre natalidad y mortandad que en nuestra ciudad existe, nos debe hacer pensar muy pausadamente en las causas que puedan contribuir a que una ciudad como la nuestra, que debe reunir las mejores características higiénicas por origen, no se aprovechen.

Antes el interés privado pudiera tener la razón, si ésta así se pudiera

denominar, de contribuir a esta mortandad tan elevada. Pero el Municipio, al hacerse cargo de la vivienda, todo su esfuerzo a esto ha de tender; la mortandad en un porcentaje crecido la dan las viviendas insalubres. Y éste, al hacerse cargo de ellas, tenderá a la transformación y creación de otras que reúnan las condiciones a las que toda la clase trabajadora tiene derecho.

Los Municipios, con las constantes mejoras de salubridad, urbanización, transporte y alumbrado, dieron valorización al suelo, que en manos del capital privado encarecía las viviendas. Al pasar éstas a la propiedad comunal, con mucho mayor interés llevará a cabo estas mejoras, y, no cabe la menor duda, nuestra ciudad se quitaría la pesadilla para ella de que, a pesar de sus condiciones climatológicas, ocupe lugar tan preeminente entre las ciudades europeas, de mortandad, como ocupa.

Si algo interesa acometer con celeridad, es la municipalización de la vivienda. Alrededor de esto gira todo. Ganada la guerra, debe estar ya resuelta, si quieren sus futuros legisladores atender al problema básico de todo lo demás. Sin una casa clara y soleada no es posible atender a los problemas de salubridad inherentes a todo pueblo moderno. Los lugares de trabajo y la vivienda insalubre son los principales engenderadores de la tuberculosis, plaga a la que el futuro que en las trincheras se está forjando ha de hacer frente. Vamos, como principal jalón para conseguirlo, a municipalizarla, y después, en manos de la comunidad, será tarea más fácil a desarrollar.

UN AFILIADO

El ataque a mano armada contra España nos obliga a sostener una guerra de independencia

En los dos años de lucha que los españoles venimos sosteniendo contra los invasores de los Ejércitos totalitarios nos vemos obligados a plantear el siguiente dilema:

El propósito y valor de la República no ha consistido, como pretenden sus detractores, en regenerar los valores de la civilización española en lo que tiene de vivo y permanente dentro de la Historia Universal, sino en prestar los medios para que el genio propio florezca de nuevo con sujeción a las condiciones actuales de la vida. La República, al nacionalizar la política española, quería y quiere la paz interior, la absoluta independencia frente a cualquier injerencia, influjo o predominio de poderes extraños.

El ataque a mano armada contra la República, dirigido y mantenido por tres Estados europeos, nos obliga a sostener una guerra que es propiamente de independencia; no sólo en la acepción política del vocablo, sino en algo más grave, profundo y duradero que la estructura y régimen del Estado, porque está en litigio la libertad de expansión del espíritu español.

No se trata ya de una contienda de tipo social o político; se trata nada menos que del honor de españoles, que no podemos de ninguna manera consentir que nuestra España sea hollada por el imperialismo mundial. Así, pues, mientras en España queden españoles conscientes de su deber y fieles a sus libertades, jamás seremos vencidos. La guerra no la queremos, la repudiamos; pero ya que a ella nos han arrastrado, sépanlo bien los mangantes internacionales y sus secuaces traidores a su patria, lucharemos hasta morir, y escribiremos con sangre la Historia lo mismo que nuestros antepasados supieron escribir en el siglo XIX.

¡Viva la independencia de España!

R. SANCHIS

Comisario

En campaña, julio de 1938.

Recuerdos que no se olvidan

I

¡Después de tantas... peores sufridas! Una tarde, a primeros de abril, llegaba el silbido de balas perdidas y el eco apagado de algún proyectil. Rasgaban los aires las notas sentidas de buitres que cantan, que esperan festín. Acechan, ¡malditos!, chupar las heridas de aquel desgraciado que empuña el fusil. El cielo, de pronto, su azul oscurece: llegó la tormenta sembrando el terror. Atruenan el espacio, la tierra estremece; el mundo acabarse allí parecía. Piedra y metralla a un tiempo llovía, mezclando quejidos de muerte y dolor.

Recuerdos que no se olvidan

II

Llegó que un momento quedé sin sentido. «La muerte, pensaba, que viene por mí.» Creí que soñaba, que estaba dormido. Enterrado en piedras y tierra me vi. Al ver que sangraba, que sólo fui herido, esquivando la muerte, sin fuerzas, salí arrastrando: buscaba el ser atendido. Con grandes esfuerzos ya el fin conseguí. Pasó la tormenta. La fiera, en su huida del cerro bajo, da gran contraataque. Y mis compañeros, con gran corazón, rechazan al monstruo del fascio invasor.

Federico FRIAS